

Capítulo 282 - La Noche del Sábado es Propicia para Pelear - Rata del Túnel: Causando Problemas en Dos Mundos

- Capítulo 282 - La Noche del Sábado es Propicia para Pelear - Rata del Túnel: Causando Problemas en Dos Mundos

Capítulo 282 - La Noche del Sábado es Propicia para Pelear - Rata del Túnel: Causando Problemas en Dos Mundos

"¡Maldita sea, cualquiera que sea ese, ha traído un sistema de sonido! Eso nunca es bueno". "Cállate y dispara, idiota. Solo es ruido." Pero no era "solo ruido". Era un tipo muy especial de sonido. La primera parte del ataque fue la actuación de Elton John en el Estadio de Wembley en 1984. La vibración cruda del concierto en vivo aumentaba la furia de la batalla inminente. La segunda parte era más sutil, afinada a 12 hercios, por debajo del umbral que un oído humano sin amplificación podía detectar. Estas ondas sonoras provenientes de la Roomba eran percibidas por el cerebro, el oído interno y otros órganos internos, provocando náuseas, pánico y mareo. Dos hombres rompieron a correr al ver las terribles máquinas con ojos ardientes, mezclados con las vibraciones de infrasonido que disparaban una reacción de miedo extremo. Irónicamente, probablemente esa fue la acción más lógica también. Los hombres más duros optaron por quedarse y pelear, sacando las armas plásticas de seis disparos que cada uno portaba. Hubo cierta vacilación, ya que algunos no pudieron apartar la vista de Bloggy, gritando y aferrándose a los restos de su antebrazo. Doce hombres sacaron sus pistolas y comenzaron a disparar, esforzándose en no dispararse entre sí. Las balas volaron en dirección al apartamento de Milo y a las habitaciones vacías a los lados. Cuatro ojos robóticos brillaron, y cuatro armas se fundieron al explotar sus recargas y municiones internas. Las manos que sostenían las armas tampoco les fueron mejor, la piel se crispó y la humedad se convirtió en vapor. Un desafortunado quedó en el camino de un rayo dirigido a otra persona y sufrió una fractura en su cara, cegándole en un ojo y generándole tanto dolor que le quitó la idea de seguir disparando, lo que al menos le salvó una mano. Los otros siete comenzaron a disparar contra los atacantes que se acercaban. Los robots eran blancos fáciles, y la mayoría de los disparos apuntaban al centro del pecho o al ojo rojo brillante. La máquina sufrió abolladuras y grietas a medida que el Incesante evaluaba cada disparo para determinar cuál alcanzaría sus hologramas. Milo se convirtió en un objetivo mucho más difícil. Saltó hacia adelante, agachado y con los brazos extendidos, realizando una voltereta con su salto, y luego esquivó a la derecha con reflejos que doblaban en velocidad y precisión a los de un humano común, concentrado por completo en la pelea y operando a velocidades que hubieran

asombrado a cualquier, salvo Wally. Como Wally había teoriza, Milo “pensaba” con más que solo su cerebro. Su inusual y numerosa red neuronal funcionaba en emergencias como un segundo sistema cerebral, similar a los microprocesadores en una computadora. Supervisaba las reacciones de toda la multitud frente a él, usando sus ojos y las cámaras en las paredes, proporcionándole una visión completa de todo, sin importar cómo estuviera orientado. Dos disparos rozaron su armadura, sin dejar marca. Uno le golpeó el hombro y rebotó, impulsándolo en esa dirección y obligándolo a ajustar su postura. Otros nueve disparos, dirigidos a él, fallaron. Disparar a Milo cuando se movía y esquivaba con armas improvisadas no era una forma efectiva de alcanzarlo. También lo convertía en un blanco prioritario para un robot láser que ejecutaba el Plan Omega. Milo alcanzó a los primeros mercenarios, corriendo entre ellos. Podía ver que portaban armaduras que cubrían sus pechos, groins y cascos. Sus garras podían atravesar esas armaduras, pero eso lo ralentizaría, así que bajó su cuerpo. Sus garras extendidas atraparon a cada uno en el frente del muslo, dejando un canal de cuatro pulgadas que iba de adelante hacia atrás. Una breve discusión se había producido entre las partes de su mente. No quería matar a nadie. Matar a esos hombres traería complicaciones posteriores y podría escalar la violencia. Por otro lado, ellos habían iniciado la pelea. Le apuntaban con sus armas y claramente estaban dispuestos a causar muerte en otros, especialmente en él. La discusión terminó cuando decidió que sus opciones eran pocas, y cuanto antes los neutralizara, mejor sería la supervivencia de su familia. Las paredes internas del hábitat eran delgadas. Las balas de esas armas podían penetrar y aún tener suficiente velocidad para herir o matar. El bienestar de los mercenarios valía menos para él que su familia. La sangre brotó al cortar sus arterias femorales con garras más afiladas que cualquier cuchillo. Y entonces se colocó en medio del grupo, girando, cortando y reduciendo sus posibilidades de acertarle. Su cerebro analizaba la situación y buscaba cualquier ventaja. Utilizó técnicas que Milo nunca había practicado en el mundo real, y que seguramente enorgullecerían a su instructor de Peleas con Garras. Giró, atravesando cuerpos y piernas, dejando rasguños en todos los que estaban cerca, mientras su cola rompía dos tobillos y golpeaba a un hombre en la cara, rompiéndole la nariz. Rebotó de un lado a otro dentro del grupo, mientras la Roomba destruía armas y manos con láseres. Todos estaban heridos, algunos gravemente, con suficiente sangre como para ser mortales en pocos minutos. Entonces, se encontró justo frente a un hombre al filo de la multitud. Este mercenario levantaba su arma en posición de dos manos, con las piernas firmes, cuando Milo lo vio y se lanzó hacia él; un golpe horizontal con sus garras hizo que la pistola girara, junto con sus seis dedos y un pulgar. El hombre rodó por el suelo, gritando, y metió sus manos destrozadas bajo los brazos para detener la hemorragia. Milo deslizó por el suelo y pivotó lo más rápido posible. Había pasado por encima por poco, quedando detrás del grupo, exponiéndose así mismo. Mientras ellos giraban, varios hombres aún de pie se prepararon y apuntaron hacia él. Cuatro disparos más provinieron de la Roomba, y otras tantas armas explotaron. Los restantes mercenarios dispararon cuando Milo comenzaba a cargar nuevamente contra ellos...

Momentáneamente ignorada, mamá aprovechó la distracción para volver adentro, agachándose. La familia había abandonado la sala principal y se encontraba acurrucada en las habitaciones, los niños pequeños bajo la protección de los adultos. Big Butch había estado abriendo la puerta, dispuesto a salir corriendo, pero al ver a su esposa la arrastró hacia adentro y hacia las habitaciones internas. “¡La próxima vez, yo seré quien hable con los matones! ¡Hay una falla en tu plan de 'No le pegarán a una mujer'!” Ella tuvo que sonreír, aunque su rostro golpeado le dolía. “Una pequeña falla, pero no me importa. Solo quería que no estuvieras allí afuera. Tú te enfrentarías a ellos y te podrías herir.” “¡Pero qué diablos está pasando! ¡Es como si estuviéramos

en medio de una guerra outside de nuestra casa!” Guardó sus sospechas para sí mientras se acurrucaban en el suelo, sin atreverse a explicar lo que había visto.

Nueve hombres seguían armados (con pistolas y con las propias manos listas para disparar). Seis de ellos se voltearon y se prepararon para disparar a Milo. Otros tres estaban demasiado cerca de los Roombas, que avanzaban y activaban las infra-sónicas enfocadas. Los tres hombres gimieron, porque sus oídos internos se revolvieron y sus corazones dieron saltos. Uno intentó seguir disparando, pero el arma se le escapó de la mano. Los otros dos se encogieron en posición fetal. Los seis que disparaban a Milo vaciaron sus armas, disparándole en pánico. La visión frente a ellos era aterradora. No sabían si él era humano, una máquina o una combinación de ambos. Los cyborgs eran caros, pero no inusuales, especialmente en misiones de asesinato. Las garras en sus manos y pies brillaban intensamente, limpias de la sangre que goteaba de sus brazos. Su rostro solo mostraba una máscara de metal y dos ojos que no parpadeaban. La cola metálica que se movía de un lado a otro contribuía a la sensación de que esto no era algo humano. Dispararon y siguieron disparando. La armadura de Milo no podía detener el impacto de las balas, lo empujaban hacia atrás, impidiéndole recuperar la relativa seguridad de estar entre ellos. Su primer paso se detuvo al recibir los disparos. Treinta y seis tiros fueron dirigidos hacia él. Eran hombres que conocían sus armas y practicaban con regularidad. Sin embargo, él era un objetivo pequeño, agachado, y las infra-sónicas alteraban sus cerebros mientras el Roomba se acercaba. Trece disparos impactaron en Milo. Cuatro rebotaron, golpeando en ángulos que los llevaron lejos y contra las paredes. Siete balas lo alcanzaron en el cuerpo, una en la cabeza y la última en el brazo, haciéndolo girar y caer de espaldas contra la pared. Yacía inmóvil, en un montón. Max cumplía sus órdenes, pero su energía se estaba agotando. Los disparos de alta intensidad drenaban sus baterías, al igual que los hologramas y las ondas sonoras. Los robots dejaron de avanzar y desaparecieron, dejando al descubierto cuatro Roombas de seguridad con carcasas negras brillantes y láseres apuntando a sus enemigos. Al volverse, los mercenarios vieron con furia lo que habían estado enfrentando. (En contraste con los que yacían en el suelo, heridos y quemados, gritando de dolor). Max ordenó la retirada, pero Dee y Rob fueron demasiado lentos para escapar, y sus pies se aplastaron contra sus carcasas, doblando sus ruedas. Max y Lemmy se volvieron y usaron lo poco que quedaba de su energía para quemar a los hombres con rayos térmicos de amplio ángulo, empujándolos hacia atrás, pero eso también se extinguió en unos segundos cuando sus baterías se agotaron. Dos de los mercenarios descargaron su ira tratando de aplastar al agotado Roomba; otros dos sacaron botiquines y ataron torniquetes a los heridos más graves. Bloggy se incorporó con dificultad y recogió un arma caída con su mano izquierda. “¡Quiero asegurarme de que ese bastardo está muerto!” Dio un paso hacia Milo. “No harías eso si fuera tú. Quizá llegue tarde a esta pelea, pero ahora estoy aquí, y no eres lo bastante rápido para girar y disparar con la izquierda antes de que Meta un .44 en tu cráneo.” Un punto rojo apareció en el lateral de la cabeza de Bloggy. En la puerta de su pequeño apartamento, Old James se apoyaba en el marco, brazo extendido y sosteniendo una arma grande y plateada. “Manos arriba, todos ustedes. Tengo suficientes balas para cada uno... Adelante, hagan mi día.” Bloggy soltó su arma. Manos en alto, pero uno de los mercenarios miraba fijamente la pistola, y una sonrisa de pura alegría apareció en su rostro. “No puedo evitar notar que en el lado del cañón de tu brillante arma hay un escudo que parece distintivo. Un escudo que vino en la réplica del .44 Magnum entregada con 'Harry Sucio contra la Gran Ratería 7 Edición del Aniversario Plateado'. Es tan genial que tengas uno. He deseado esa pistola desde que era un niño. Incluso después de empezar a disparar armas reales, la quería, pero era imposible encontrarla. Y ahora tú tienes una para mí.” “Eso no es

real, Sergei. Parece real.” Uno de los otros mercenarios observaba a Old James y la gran pistola en sus manos. “Por supuesto que parece real. Es una réplica perfecta, con placas de plata, peso exacto y todo, pero no puede disparar. Solo es un señuelo. Y antes de que hagas escándalo, la reclamo yo. Y nadie lastima al viejo más que yo. Quien tenga los cojones para enfrentarnos con una pistola de juguete merece solo una cocojeada y perder ese trofeo.” James no se movió. “Sigan pensando que no puede disparar, y terminarán con el cerebro por las fibras del suelo.” Sergei se rió y avanzó para tomar la pistola. James le disparó entre los ojos, y la parte trasera de la cabeza de Sergei estalló, dispersando cerebros entre los mercenarios. James los miró con desprecio, sosteniendo la pistola en nivel. “¿Qué clase de idiota quiere la edición plateada cuando puede obtener la pistola edición platino, completamente funcional, con munición especial que garantiza derribar a un oso gris que carga? Vayan con la mejor, muchachos, o lo lamentarán toda su vida.” Algunos encogieron los hombros y suspiraron, luego el resto se arrodilló y se puso las manos en la cabeza o, con permiso de James, ayudaron a sus compañeros heridos a seguir respirando.

Detrás de ellos, la figura arrugada se incorporó con un movimiento que provocó pánico entre los mercenarios que aún permanecían, aunque ninguna ofensiva se materializó. Había una marca luminosa en un lado de su cabeza y muchas más en su pecho. La armadura de Milo había absorbido el 97 % del impacto y redistribuido la fuerza en una zona más amplia, pero los golpes aún le habían causado daño y lo arrojaron contra la pared. Milo se encontraba en un estado de profundo hiperfoco; la mitad de su cerebro le instaba a atacar y acabar con ellos, mientras que la otra trataba de detenerlo. Ambas mitades reconocían a James como un aliado. La solución al problema se le reveló rápidamente al ver el avance inminente de más hombres a través de las cámaras de seguridad que estaba observando. Era momento de partir. Butch, Big Butch y Mama recibieron llamadas de Milo solicitándoles que salieran y asegurándoles que la pelea había terminado. Butch asomó la cabeza por la puerta y vio a James sosteniendo una pistola sorprendentemente grande. Milo observaba atentamente a los mercenarios. Les hizo un gesto de aprobación con el pulgar, y ellos salieron. Mama corrió hacia Milo, buscando indicios de heridas. Butch y Big Butch contemplaron la escena de caos y a los mercenarios que, de rodillas o ayudando a los heridos, permanecían. Milo había empujado las armas remanentes a un pequeño montón, por si alguien se tentaba a hacer alguna tontería. Mama pudo ver cómo Milo temblaba. “No era necesario arriesgarte de esa forma. Podemos cuidarnos solos. Las contusiones se curan. Me sorprende que no estés lleno de agujeros de bala y sangrando en el suelo.” Milo negó con la cabeza. “No hubieran parado. Hay demasiado dinero en juego. Tienen que encontrar a Belinda, y no pueden. Esa es mi culpa. Y también es culpa mía que hayan venido aquí a hacerte daño. Tenemos que irnos. Ahora. Venimos más hombres, y harán preguntas que no queremos responder. No puedo mantenerte a salvo si nos quedamos aquí. Pero puedo protegerte si vienes conmigo. No está lejos, pero nadie nos encontrará.” Mama asintió y gritó desde adentro: “Nueva misión, chicos. Cierren los ojos, dejen la puerta, manténganse al lado derecho del pasillo, y tomen la siguiente derecha. Espérense que sea un simulacro de apagón, y que vamos a un lugar con buen aire.” Los apagones no ocurrían con frecuencia, pero podían ser aterradores, y todos habían participado en los simulacros. Una fila de niños y adultos salió del apartamento. Milo indicó el camino. “He arreglado las rejillas del aire en los próximos dos pasillos; ahora se respira bien. Sigan por allí y usen este mapa. Aún tengo que rescatar a una persona.” James se sorprendió cuando Milo regresó por él. “¿Qué quieres decir con ir? ¿Adónde?” “A un lugar mejor. Tal vez necesite tu ayuda con los cultivos hidropónicos, y no puedo dejarte aquí.” “Pero mis juegos... Son lo único que me queda.” Milo comprendió esa preocupación. “Tienes razón. De momento, bloquearé la cerradura y volveré por ellos. Son demasiado valiosos para dejar atrás.” El anciano agarró su bastón con la otra mano y

comenzó a avanzar con dificultades por el patio. "De acuerdo, pero me quedaré con mi Magnum. Uno de esos codiciosos trataría de robármelo." Milo lo siguió con cuatro Roombas ligeramente abollados que rodaban tras él con ruedas dobladas. Max y su ejército de forma silenciosa comenzó a tocar *We Are the Champions* mientras se alejaban. La Seguridad del hábitat y diez guardias de seguridad provenientes de Manpower llegaron dos minutos después y se encontraron con la vista de quince mercenarios heridos y tres cadáveres. Todos presentaban quemaduras, extremidades cortadas, manos ausentes y tímpanos explotados. Nadie quiso hablar sobre lo ocurrido. Aunque la pelea fue evidente, no había señales de los 'Robot Asesinos y Monstruos Rata Asesinos' de los que habían hablado los dos mercenarios que huían. Apenas cinco minutos después llegaron un escuadrón de policía regular y una docena de personal médico, en respuesta al reporte de 'Disparos'. Durante las siguientes seis horas, más de doscientos oficiales de la ley patrullaron el hábitat, recopilando a los mercenarios restantes, incluso a los atrapados en un ascensor. No hallaron evidencia de la niña desaparecida que buscaban. Tampoco lograron localizar a la persona que llamó al reporte ni a la familia que vivía más cerca de la pelea. Todos ellos, en este caso, habían desaparecido sin dejar rastro.